

REPENSAR LA FAMILIA DESDE UNA NUEVA CULTURA: QUÉ PASA CON EL DERECHO

Por Eduardo José Cárdenas

¿Porqué plantearse esta cuestión?

Estimo que lo que nos mueve a hacerlo es que hay muchas situaciones de hecho, en materia de lo que genéricamente llamamos “familia”, que no coinciden con las “instituciones” que fundan el “derecho de familia”: el matrimonio, el divorcio, la filiación natural o adoptiva, la organización de la familia monogámica con hijos biológicos o adoptivos. Y lo que intriga a los juristas es qué está pasando con ese palacio tan coherente, suntuoso y decorado que son las instituciones del derecho de familia, cuando tanta gente prefiere no ingresar en él. Y qué hacer con esas personas, ya que lo normal era organizar la vida dentro del palacio, pero ahora hay muchas viviendo fuera de sus murallas.

Es verdad que estas situaciones siempre existieron, muy preferentemente en clase baja, pero ahora son los miembros de la clase media quienes habitan esas viviendas extra muros (que nos parecen precarias). “Lo que antes le pasaba a las mucamas, ahora nos pasa a nosotros” decía una amiga de mi madre. Y es sabido que el derecho y sus pensadores y operadores focalizan en los sectores propietarios de la población mejor que en sus arrabales. De aquí también la sorpresa y el desconcierto de estos profesionales.

Digo esto último porque lo primero que surge al abordar estos temas es nuestro juicio moral: los hay que piensan que el abandono del palacio señala una decadencia que a su vez trae peores males; los hay también que ven a las instituciones tradicionales como un cerrojo del cual nuestra época se está liberando. Los profesionales tenemos por lo general el mal hábito de precipitarnos sobre los acontecimientos, diagnosticarlos según nuestras ideas previas y señalar tratamientos a veces con ligereza. Así, quienes piensan que el abandono de las instituciones familiares bajo las cuales se criaron señala una disolución social, se opondrán a cualquier cambio. Y quienes por el contrario ven en ese fenómeno una liberación, están prontos a extender los beneficios del palacio a quienes acamparon fuera de él (sugerir, por ejemplo, que los concubinos entren automáticamente bajo la ley del matrimonio pasado cierto plazo).

Son pocos quienes se detienen con parsimonia (y coraje) a ver el

paisaje de la mutación y permanecer inmóvil o haciendo pequeñas cosas útiles en lugar de programar grandes transformaciones. No está mal que juzguemos, es casi inevitable hacerlo. Pero pienso que debe postergarse ese momento y primero tratar de comprender el fenómeno.

A mi entender, toda institución social vive y respira con dos pulmones. Uno es el mito, el otro la necesidad social. Historiadores, filósofos, antropólogos y sociólogos han dado a veces primacía a uno de los dos, pero siempre han tenido presente a ambos. El pulmón del mito es el que da curso a lo irracional del grupo humano, es una narración o una idea-fuerza que aglutina a la comunidad, le da un origen, un sentido y un curso de acción (los dioses homéricos, la revelación hebrea, cristiana o islámica, la idea de patria, de libertad, de progreso, de fraternidad, de igualdad, etc.) que vivifica instituciones (el Estado nación, el sacerdocio, el ejército, el matrimonio, etc.).

Tanto el lado oscuro como el visible de la luna, mito y necesidad social, fe y razón, inconciencia y conciencia, intuición y concepto, van cambiando en el curso del tiempo. La mutación es inevitable en todos los grupos humanos por que hay saturación de los mitos y transformación de las necesidades sociales. A la vez, se moverán las instituciones, los ritos, las celebraciones, las comunicaciones, las interacciones, las formas de agruparse y de entenderse los hombres entre sí.

Por lo general la impugnación de los mitos ya saturados deviene en ideas racionales iconoclastas, pero a la vez hay nuevos mitos que van surgiendo y que, como todos los mitos recién nacidos, son apenas perceptibles en su formulación. Al mismo tiempo las nuevas tecnologías van transformando las economías, los intercambios, las producciones y los consumos, con lo que los grupos humanos mutan en su organización y reglamentación de las interacciones. No es posible saber si hay una causalidad lineal, un origen del cambio, más bien parece un movimiento holístico, de la totalidad, sincrónico.

Las instituciones, con el cambio de mito, van perdiendo su savia interna, la fuerza primitiva e irracional que las mantienen vivas; al mismo tiempo las necesidades sociales que ellas satisfacían comienzan a desaparecer y sobrevienen otras, que generan nuevas instituciones. Estas últimas muchas veces no tienen nombre siquiera y pasa tiempo antes de que se detecte su efectiva vigencia y su importancia, a veces enorme. Cuando advienen, son vistas por los profesionales y las personas de responsabilidad en la sociedad como una invasión de los bárbaros que pone en riesgo la civilización. La

condena moral se hace casi inevitable. Son pocos los que se arriesgan a surfear la nueva ola que aparece y comprender así su movimiento y su sentido. Por lo general sucede que hay crisis y divorcio entre la academia y la vida social: es que los intelectuales tienden a ver los nuevos fenómenos que ocurren a la luz de las ideas que ellos mismos aprendieron, enseñaron y hasta forjaron o perfeccionaron. Un cambio de paradigma no les parece necesario, no lo ven posible; es más, secretamente temen perder el poder que les otorga el conocimiento si ese cambio se produce. Las viejas formas de organización de la vida, los viejos conceptos, son de este modo estirados y deformados casi hasta el infinito para poder cubrir las nuevas realidades.

Es lo que sucede a veces con las últimas obras de los artistas, cuando deben modificar sus procedimientos para poder expresar las nuevas vidas que van apareciendo dentro y fuera de ellos mismos. Entonces fuerzan sus viejos instrumentos de trabajo hasta que éstos se resienten y a veces se destruyen, o recortan la realidad condenando al ostracismo a todos los pedazos de ella que les es imposible traducir en belleza con las antiguas formas. A veces este enorme esfuerzo trae formas auténticamente bellas (los últimos cuartetos de Beethoven, las postreras obras de Richard Strauss o de Mahler), pero la mayor parte de los mortales produce obras violentas, exasperadas (los procesos judiciales de tenencia, encuentros o alimentos en casos de familia ensambladas son un buen ejemplo de esto).

Pasado un tiempo, los descubridores o creadores de un nuevo lenguaje mostrarán qué sencillo era expresar lo naciente sin esfuerzo y sin recortes, si se dejaba de lado la nostalgia del viejo lenguaje y se emprendía la tarea de manera ingenua e imaginativa. Mientras tanto, los que no son capaces de ese acto de osadía tienen el deber de no pretender cubrir la realidad con ideas totalizantes (que devienen totalitarias) ni moralizantes (que devienen en moralinas) y limitarse a realizar humildemente tareas de reparación y ajuste, sin ampararse en grandes teorías. En este sentido, es bueno concebir la operación del derecho como el ejercicio de un arte o, mejor aún, de una artesanía.

Es lamentable, pero lo que nos permite ver la intensidad de la mutación que estamos viviendo es, precisamente, la exasperación de los gestos de quienes tienen a su cargo el manejo de las instituciones, sus rostros amargados y condenatorios que condicen con el contenido y la forma de sus predicaciones (no importa si son de derecha o de izquierda), la violencia y el apuro de su actuar y el miedo cuando no el terror que lo subyace. Así sucede

con la escuela, con la seguridad, con el cuidado de la ciudad, con la sexualidad y, por supuesto, con la familia.

(Continuará)

¿Qué es lo que pasa con las instituciones jurídicas de la familia? ¿Qué está pasando con sus mitos fundacionales? ¿Qué con las necesidades sociales que cubrían?

La mitología que daba vida al matrimonio y a la consiguiente legitimidad de la prole enraizaba en la fuerte e indiscutida creencia en un dios creador y preservador de la existencia de la vida, un dios que alentaba a los humanos a procrear y a criar y los premiaba por ello. Las celebraciones tradicionales del matrimonio, a través de sus numerosísimas variantes, ponen siempre en evidencia que dos familias, empeñadas en continuar su linaje y con él la vida de la especie, entregan un vástago cada una para que se casen. La unión de ambos es también la de los dos sexos que componen el mundo a través de un juego eterno (los amigos acompañan al novio y las amigas a la novia). Es un juego de la entera humanidad que se ejecuta bajo la mirada de un dios que prescribe, premia y castiga, pero que también protege la nueva unión, le promete hijos y prosperidad. Este dios se hace presente, de alguna manera, en un protagonista central de la boda: el padrino, que se responsabiliza de su éxito.

La muerte de la creencia en ese dios (surgen otros, a veces bajo el mismo nombre, pero son diferentes) señala también la desvitalización del mito del matrimonio y de la consiguiente legitimidad de la familia. En la civilización que estamos comenzando a vivir, los nuevos dioses que subyacen a nuestros actos (a veces ocultos bajo la máscara del viejo dios solo) no muestran, como éste, un ceño paternal y adusto, celoso controlador del orden por él creado. Por el contrario, aparecen danzando con caras de placer frente a una vasta y en apariencia informe pluralidad de contactos emocionales y corporales entre los seres humanos, a agrupaciones que a la luz de las anteriores categorías aparecen como inorgánicas, innominadas y muchas veces efímeras, y a nociones holísticas en las cuales las consideraciones sobre el bien y el mal, lo lícito y lo ilícito, quedan desdibujadas. Una cultura apolínea y racional, saturada y ya floja luego de haber dejado en pie grandes realizaciones, cede frente a la aparición de dioses que bailan báquicamente, acompañando a un invisible Dionisos prodigador de caricias y tendedor de trampas. El horrible demonio no tiene más remedio que salir de la acción

frente a la ausencia de su eterno contrincante y aparecen diablillos endiabladamente ambiguos que lo sustituyen.

Otra corriente mitológica que en el siglo XIX se encontró con la más antigua y divina para dar vida al casamiento fue la del estado-nación (que en ciertos aspectos reemplazó al dios, en otros se apoyó en él) bajo cuya sombra vivieron la moral secular, la ley, el progreso, el trabajo, la salud y la educación, representados todos ellos por instituciones (el hospital y los médicos, los códigos y los tribunales, la ética y sus predicadores, el ejército y los símbolos patrios, la política y sus profesionales, etc.) que acompañaban, rodeaban, se fundamentaban en y fundamentaban al matrimonio y a la familia legítima. Estos grandes productores de subjetividad están siendo reemplazados por otros, quizás por la tecnología virtual interactiva.

Pues bien, intuimos que los nuevos mitos (que todavía no tenemos bien detectados precisamente porque están bien vigentes) no se oponen frontalmente a los anteriores (terminar de demoler éstos fue la tarea de la crítica) sino que los ignoran, pasan sonriendo a su lado y los ponen al prolijo cuidado de los grandes gerontólogos (los diarios y demás medios de difusión llamados serios, los intelectuales, profesores, académicos y demás “pensadores” que pronostican el final y predicán una urgente vuelta a la moral).

El escenario no es apto para grandes compromisos como los matrimoniales, ni los precisa. En él, no se piensa en el futuro como objetivo, y se olvida la planificación, la política y el esfuerzo. Se descrea del Estado, de la ley y también del individuo (ya que el dios no es uno solo, el hombre también pasará a ser colectivo y tribal). Allí, el único placer moral es el que se realiza en el instante, sin comprarlo con esfuerzo adelantado. Y la mejor forma de respetar y admirar las causas será traicionarlas.

En esta línea, parecen ingenuos los intentos de la ley por hacer entrar por la fuerza en su recinto a quienes ya están hartos de ella (es probable que quienes quieran vivir en concubinato tengan que firmar una manifestación específica de rechazo si la ley, a su pesar, los incluye dentro del matrimonio). Provocan risa. La formación académica de los juristas (y la humana tendencia a conservar lo que les da poder) les impide ver que la gente puede manejarse muy bien fuera del palacio de las instituciones tradicionales.

Igual destino corren las prescripciones dadas a los progenitores en el sentido de que recuperen la autoridad perdida. Como si se pudiera fingir para siempre la certeza cuando ya se ha instalado la duda sobre la adecuación de

las conductas. En ese sentido también las nuevas mitologías dejan de lado (¡para colmo sin confrontarlas!) los viejos sustentos irracionales de la conceptualización de la infancia y de la adolescencia, esforzados caminos hacia una sociedad adultocéntrica en la cual ya no se cree. La autoridad y la obediencia se transforman (bajo las mismas letras) en conceptos tan diferentes que devienen irreconocibles, e imprecisa y hasta grosera la utilización de esas palabras. La convivencia intergeneracional transcurre sobre el crepitar fogoso de nuevas mitologías que todavía no tenemos bien definidas precisamente por vigorosas y vivas, y muchos de los violentos conflictos que en este orden se producen son más interculturales que frutos de la maldad o de la indiferencia. Es que vivimos en una sociedad en que los niños han dejado de ser “niños”, los adolescentes han dejado de ser “adolescentes” y los adultos han dejado de ser “adultos” en el sentido que asignábamos a estas palabras, antes tan perfecta y gloriosamente iluminadas por la psicología del crecimiento, que creíamos universal y eterna, cuando (ahora descubrimos) era occidental y pasajera. La mutación de las creencias ha dejado sin sustento vital, primitivo, impensado y por tanto incontestado, a las instituciones familiares.